

10 de diciembre

Las imágenes

Llevo tantos años inmersa en la violencia, que cada vez me cuesta más creer que sea evitable. Intento no perder la fe en mi trabajo, aunque la realidad me lo ponga difícil y me obligue a enfrentarme a imágenes como la del cadáver que ha descubierto la policía esta madrugada y que, ahora mismo, soy incapaz de quitarme de la cabeza.

Cuando empecé a trabajar en este club deportivo, hace apenas tres meses no podía imaginar que iba a acabar viviendo un horror así, aunque tampoco sería honesta si no admitiese que muy pronto intuí que podría suceder algo que, de alguna manera, acabase sobrepasándonos a todos. Quizás por eso Víctor acudió a mí, porque él, como presidente del Stark, sí tenía claves que no quiso transmitirme o que, a lo mejor, eran ideas tan vagas como mis propias intuiciones y solo necesitaba a alguien con quien compartir el infierno al que estábamos a punto de llegar. O quizás esto es solo mi modo de justificar cómo es posible que, en poco menos de tres años, me haya visto envuelta en dos crímenes donde los muertos eran gente que conocía demasiado bien.

Intento convencerme de que no tiene nada que ver conmigo, de que he cumplido con mi trabajo y nadie me debería pedir que haga más de lo que ya hago, pero mi autoexigencia siempre fue el peor de mis látigos, así que me golpeo con él hasta que dudo de si soy o no cómplice de esta nueva muerte.

Tenía solo diecisiete años... Me repito la cifra una y otra vez. En voz alta. Como si con ello pudiera desgastarla y robarle su gravedad. La escupo con rabia, intentando vaciar el número de su significado y olvidar que, en el horizonte de la víctima, aún estaba todo por hacer. Lo vivido no era más que una minúscula parte de lo que le restaba por vivir. Si no nos hubiésemos conocido, el dolor sería muy diferente. Se trataría de un malestar pasajero, como el que nos provocan todas esas víctimas anónimas que aparecen en las noticias y con las que solo empatizamos durante el escaso tiempo que mantienen su protagonismo, justo hasta que otro

nuevo suceso ocupa su lugar en los titulares. Pero aquí el dolor tiene rostro. Peor: tiene voz. Porque cuanto más miro esta imagen, con mayor claridad me parece escuchar sus palabras la última vez que hablamos aquí, en mi despacho. Solo unos días antes de que esta madrugada se rompiera todo y la llamada de la policía me hiciera dudar de nuevo de cuanto hago y hasta de cuanto creo.

Y creo, o quiero creer, que hablar ayuda. Que dialogar construye. Que el progreso es posible. Me repito mis tres mandamientos —los mismos que me llevaron a estudiar Psicología— como un mantra que, en este amanecer insoportablemente sórdido, no consigue calmarme. Porque solo puedo recrear en mi cabeza, en un bucle infinito, la imagen de un cadáver adolescente reventado a golpes que desdice todo aquello en lo que yo necesito confiar.

Suena mi móvil y, en la pantalla, aparece el nombre de Víctor.

No lo cojo.

El teléfono sigue sonando.

No voy a cogerlo.

Un par de tonos más.

Y cesa.

Al fin.

Lo siento, Víctor. Ahora mismo no puedo. Ahora necesito afrontar sola mis propios demonios para saber qué voy a decirle a la policía cuando hable con ellos. Ya me han dicho que quieren que nos reunamos lo antes posible para inundarnos de preguntas. Deben de estar también llenos de dudas. Tantas como nosotros, pero mucho menos personales.

De momento, solo sé que este domingo transcurrirá con dificultad, que tendremos que pensar cómo vamos a abordar esta semana cuando llegemos mañana al club y debemos retomar los entrenamientos, que no nos resultará fácil reinstaurar la calma entre sus compañeros y que, en mi caso, cuando llegue la noche me será imposible conciliar el sueño. Cada vez que intente cerrar los ojos, veré su cuerpo. Construiré la escena con los datos precisos, escasos pero tristemente suficientes, que me ha facilitado la inspectora.

Tirado en el suelo, recibiendo los golpes de quien sea que ha acabado con su vida. Todo ha ocurrido hace solo unas horas, en la madrugada del sábado 9 a este domingo 10 de diciembre, en medio de un puente donde los chicos del club se disponían a olvidar un partido nefasto —el peor y, a la vez, el más importante de la temporada— y a celebrar que habían terminado, por fin, los exámenes de la primera evaluación. Según la inspectora —juraría que me ha dicho que se llamaba Andrea—, fechas como esta favorecen episodios así a causa de un mayor consumo de alcohol o drogas. Me ha costado seguir su discurso al oír cómo se expresaba con esa frialdad y me he llegado a preguntar si tenía derecho a calificar este horror como «un episodio». El informe forense preliminar, por lo poco que me ha detallado, habla de lesiones occipitales, de un traumatismo cerebral severo que ha acabado siendo irreversible, de la posibilidad (no confirmada) de que hubiera más de un agresor, del uso de un objeto contundente que no ha sido hallado y, por último, también de ensañamiento con la víctima.

No disponen de testigos ni de pruebas físicas que señalen a los posibles autores del crimen. No había nadie en el parque y la gente del barrio niega haber visto o escuchado nada sospechoso. La policía tan solo posee la certeza de que fue una muerte cruel y dolorosa. «Puede que motivada por una estupidez», ha apostillado Andrea —sí, se llamaba Andrea—, y he sentido que me recorría un escalofrío al escuchar cómo asociaba la violencia con ese concepto de lo nimio. De lo intrascendente. Me provoca una desazón terrible relacionar la gravedad de la muerte con la insignificancia de lo cotidiano, seguramente porque ese mal banal y próximo es el más abundante y, tal vez, el más peligroso. Ese mal está tan cerca que ni siquiera somos conscientes de lo sencillo que resulta caer en él, cumplir sus normas y formar parte, voluntaria o involuntaria, de sus rituales.

Apenas han pasado seis horas desde el asesinato y solo dos desde la llamada. Me temo que voy a necesitar mucho tiempo para asumir los hechos. Pero no voy a conformarme con descender sumisa a este infierno que acaba de abrirse ante mí. Pienso adentrarme en él, sí, pero lo haré para encontrar la verdad por mucho que llegue a dolerme, porque solo si miramos de frente a nuestros demonios, podemos conseguir que desaparezcan.